

## CUARTA PARTE.

### SOLITARIOS DE LA PALESTINA.

---

#### SAN HILARION PADRE DE LOS MONJES DE LA PALESTINA<sup>1</sup>.

Parece por las Actas de san Charitón que este Santo, fundador de la célebre ermita que después se llamó la *Laure de Pharán*, fué el primer solitario de la Palestina. Pero, además que hay alguna dificultad en la cronología de estas Actas, el establecimiento de la *Laure* no excitó al principio la admiración, como lo hizo san Hilarion de quien vamos á hablar en este capítulo; de suerte que es propiamente después de éste que el estado monástico floreció en esta provincia y en la Siria; y como sus ejemplos y prodigios dieron ocasión á la fundación de un gran número de monasterios, por esto y con razón se le llama el padre de los monjes de estos países, como San Antonio lo fué de los de Egipto, y san Pacomio de los de la Alta Tebaida.

Lo que vamos á relatar de él es tanto más seguro, cuanto que lo tomamos de san Jerónimo, quien vivía casi en el mismo tiempo, en la misma provincia; así tenemos por fiador uno de los mas egregios doctores de la Iglesia, y que se puede considerar como contemporáneo y habitante del país en el cual sucedió cuanto él relata.

San Hilarión nació en una aldea llamada Thabath, casi

<sup>1</sup> San Jerónimo, Vit. PP. Sozomeno, Teodoreto, Tillemont.

á dos leguas de Gaza en Palestina, en el año 291. Sus padres eran paganos, y la gracia con la cual fué prevenido en su juventud lo hizo salir, según el juicio de san Jerónimo, del seno de una familia idólatra como la rosa sale de en medio de las espinas. Hay muy poca probabilidad de que hubiese conocido el nombre de Jesucristo en su casa, donde todo cuanto se ofrecía á sus ojos se resentía de las supersticiones del paganismo. Más bien parece que tuvo esta dicha en Alejandría en donde encontró más medios para ello, y á donde fué enviado por sus padres cuando apenas contaba diez años, para aprender las letras humanas. No sabemos quien fué quien lo instruyó en los principios de la fé cristiana; pero progresó tanto en ellos con los auxilios de la gracia, que en aquella tierna edad Hilarión amaba á Jesucristo de todo su corazón, y bien lejos de gozar en los espectáculos profanos, sólo le gustaban la oración y las asambleas eclesiásticas. Esto no impidió que hiciera progresos en los estudios, pues aprendió el griego con tanta perfección como poseía el siríaco su lengua natural; pero los atractivos de las virtudes cristianas lo arrastraron siempre en su corazón á aquello que servía para adornar su espíritu, y escribió desde entonces un libro de los Evangelios, que guardó hasta la muerte por constituir el principal objeto de sus reflexiones, y para poder recurrir siempre á él y ajustar al mismo su conducta. Lo que hay aún más notable es que precisamente en aquellos tiempos la persecución de Diocleciano estaba más encendida; y bien lejos de bambolear su fé por el temor, echó en su alma raíces más profundas, y su celo por Jesucristo se hizo más firme y más ardiente. En efecto habiendo oído hablar de las virtudes de san Antonio, cuya reputación ya se había esparcido por todo el Egipto y atraía mucha gente hácia él, quiso ir á verle como los otros, no por un espíritu de curiosidad, sino en la intención de estudiar su conducta y

de formarse según su ejemplo. Al efecto se quitó su habito de seglar, y moró casi dos meses cerca de él, observando con cuidado su manera de vivir, principalmente su rigurosa abstinencia, su asiduidad en la oración, su humildad en recibir á los hermanos, su celo en reprenderles de sus defectos, su ardor en animarlos á todos y llevarlos á la práctica del bien.

San Antonio aun no se había retirado á esta montaña en donde después acabó sus días; entonces estaba cerca de Heraclea, y apenas hacía un año que habia salido del viejo castillo donde se había estado encerrado por espacio de veinte años. Hilarión bien hubiera deseado permanecer más tiempo cerca de un maestro tan excelente; pero viendo aquel gran número de personas que de todas partes acudían á él, ya para recibir sus instrucciones, ya para que los librase de sus enfermedades, y en particular de la posesión de los demonios, se dijo á sí mismo: que no había venido al desierto para ver allí tanta gente como en las ciudades; que debía empezar por el retiro como san Antonio había hecho; que este santo, como un soldado veterano cargado de laureles, podía entonces gozar del fruto de sus victorias; pero que en cuanto á él tenia necesidad de combatir, lo que aun no había practicado bastante bien.

Estas consideraciones lo determinaron á volver á su país, á donde se fué con algunos otros solitarios, después de haber pedido el permiso del gran Antonio, con la intención de practicar más tranquilamente los ejercicios y las virtudes que había aprendido de él. Por los efectos que su retiro produjo en la Palestina se vió muy bien que el espíritu de Dios lo condujo allí; pues hizo conocer la santidad del estado que había abrazado, y se convirtió en instrumento de santificación de una infinidad de almas, por los medios que el Señor le sugirió para cumplir los deberes con perfección.

Al llegar á su país halló que sus padres habían muerto; distribuyó lo que le tocaba de su sucesión, parte á sus hermanos y parte á los pobres; y acordándose que Jesucristo había dicho que *aquel que no renuncia á todo lo que posee, no podrá ser su discípulo* (Luc. 14), nada se reservó de los bienes de la tierra para adquirir mejor los del cielo. Despojado así de todo y revestido solamente de la virtud de Jesucristo, entró en un vasto desierto que está entre Gaza<sup>1</sup> y Egipto, á dos leguas y media de Majuma, aldea en donde estaban el puerto y los almacenes de Gaza, donde emprendió esta vida toda celestial por la cual suspiraba tan ardentemente; sus parientes y amigos al principio quisieron hacerlo retroceder, representándole que el lugar que escogía era denigrado por las muertes y latrocinios que con frecuencia se cometían en él. Pero él les respondió que muy lejos de temer la muerte del cuerpo sólo temía la del alma; de suerte que quedaban sorprendidos que á una edad tan tierna (pues no contaba más que quince ó diez y seis años) mostrase tanta fuerza de espíritu. Mas el ardor de su amor por Jesucristo le elevaba por encima de todo temor humano, y su fervor era tal, que á pesar de la delicadeza de su complexión, que le hacía sensible á las menores impresiones del frío y del calor, sufría todas las injurias del aire con un valor que admiraba á todo el mundo.

Sozomeno que en su historia habla de él con elogios, relata en estos términos su modo de vivir: Él se acostumbraba, dice, á sufrir los trabajos y á domar la inclinación que los hombres tienen á la molicia; él á nadie cedía en la abstinencia; él combatía contra el hambre, contra la sed, el calor, el frío, y contra todas las otras penas que la delica-

<sup>1</sup> Gaza está situada á 85 kil. S.-O. de Jerusalén. En Gaza es donde Sansón se salvó llevándose las puertas de la ciudad en donde murió aplastado por las ruinas del templo de Dagon, que hizo derrumbar sobre tres mil Filisteos. Esta ciudad cuenta hoy 5,000 habitantes.

deza del cuerpo y del espíritu nos hace considerar como males. Por otra parte era grave en su conducta, serio en sus discursos y estudiaba con cuidado los sentidos de las divinas Escrituras. Esta no es más que una ligera idea de su manera de vivir; y san Jerónimo es él que la detalla bien, según el cual la vamos á relatar.

No tenía por vestido, dice este Santo, más que un saco y una túnica de piel que san Antonio le había regalado, y un pequeño manto de paisano. Nunca lavaba este saco, diciendo que era muy inútil buscar la limpieza en el cilicio, y no se cambiaba la túnica hasta que estaba del todo estropeada. No se cortaba sus cabellos más que una vez al año en tiempo de Pascua. Su cama era la dura tierra, ó en caso de necesidad una estera de juncos. Desde los diez y seis á los veinte años para garantizarse de la lluvia y de los ardores del sol no tenía más que una pequeña cabaña cubierta de juncos y de espinas. Aun entonces no tenía domicilio fijo, sino que en esta vasta soledad iba de un lugar á otro para evitar el caer entre las manos de ladrones; pues por más que no temiese la muerte, sabía que no era discreto el exponerse á ella sin motivo, como es piadoso aceptarla cuando se presenta por orden de la Providencia.

También Dios manifestó en una ocasión que tenía de él un cuidado todo particular; pues habiendo unos ladrones formado el propósito de sorprenderle en su pequeña cabaña, fuera que creyesen hallar en ella algún botín, fuera que se avergonzaran que un solitario tan joven morase en aquellos lugares sin temerlos, se pusieron en camino para buscarlo después de la puesta del sol; pero no hicieron más que andar toda la noche sin poder llegar á él. Por fin, habiendo venido el día, descubrieron su humilde celda; y habiendo entrado en ella le preguntaron con un tono de ira lo que haría si los ladrones le atacasen. Él les respondió que aquel que no tenía nada no les temía. « Pero, replica-

ron, ellos os pueden matar. » — « Enhorabuena, dijo Hilarió pero yo no temo la muerte porque estoy preparado para recibirla. » Admiraron una firmeza tan grande en un joven de diez y ocho años; pues entonces no contaba más, y le confesaron que se habían extraviado durante la noche, y que Dios los había como cegado. Le prometieron por último que se corregirían de sus vicios y lo dejaron en paz.

A los veinte años construyó una celda un poco más sólida con ladrillos, barro y tejas rotas; pero tan pequeña é incómoda, que apenas cabía en ella. Estaba situada en la orilla del mar, á una hora de *Thabath*; en tiempos de San Jerónimo aun existía. Este santo doctor entra en detalles más particulares al hablar de su abstinencia. Dice que practicó toda su vida un ayuno muy austero, que ni aun en los días festivos lo rompió, ni tampoco en sus enfermedades, no comiendo jamás antes que el sol se hubiese puesto. Se prohibió el uso del pan y no comió más que quince higos cada día. Hacía más, cuando el demonio lo atacaba por la tentación, pasaba tres ó cuatro días sin tomar alimento alguno, contentándose después de este tiempo con tomar algunos higos y jugo de yerbas para reparar sus fuerzas perdidas. Así su cuerpo se extenuó de tal manera por esta grande austeridad, que no le quedaba más que la piel sobre los huesos. Desde los veintiuno á treinta y cinco años no siempre guardó el mismo régimen; lo cambió según la necesidad, pero siempre en cantidad tan insignificante, que se reconocía en sus cambios su invariable amor á la penitencia. Así es que desde los veintiun años hasta los veinticuatro comió algunas lentejas mojadas con agua fría. En los tres años siguientes comió pan seco con agua y sal; de esta fecha á los treinta años comió yerbas silvestres y raíces crudas. Desde este tiempo comió seis onzas de pan de cebada y yerbas cocidas. Pero sintiendo que

su cuerpo se enflaquecía y se cubría de costras picantes, añadió á las yerbas un poco de aceite, viviendo así hasta la edad de sesenta y tres años. Entonces juzgando por la flaqueza de su cuerpo que su fin estaba próximo, y no queriendo por otra parte rebajar nada en sus austeridades, pues su fervor le serviría de fuerza, se abstuvo enteramente del pan, y hasta los ochenta años por toda nutrición no tomó más que un potage de yerbas donde mezclaba harina, lo que junto apenas llegaba á cinco onzas; y aun esto cuidó de no tomarlo nunca antes que se hubiese puesto el sol.

Podemos añadir á esta vida tan austera la privación de todos los consuelos humanos y aun de aquellos que hubiesen podido satisfacer más su piedad. Se cuenta que durante cincuenta años que moró en Palestina, no fué mas que una vez á Jerusalén; y fué tanto por devoción como por temor de que se creyese que menospreciaba los Santos Lugares, sino iba estando tan próximo á ellos. Hasta entonces había guardado tan estrechamente su soledad, que no entraba en las ciudades ni aun en las aldeas. En fin podemos poner entre sus prácticas de penitencia el trabajo de las manos, que él diversificaba, ya trabajando la tierra, ya haciendo espuestas de juncos á ejemplo de los solitarios de Egipto.

Pero su principal ejercicio era la oración, el canto de los salmos y la lectura de las santas Escrituras, que hasta estudió de memoria, y cuyas palabras recitaba con un profundo respeto y una tierna unción como si hubiese visto á Dios presente y las hubiese oído de su divina boca.

El demonio viendo un fervor tan extraordinario en un solitario tan joven, quiso sofocarlo desde el momento, y lo atacó con tentaciones violentas. Hilarión había vivido hasta entonces en una inocencia angelical, y aun no había experimentado las humillantes impetuosidades de la carne.

Los primeros ataques que sintió le horrorizaron; pero no por eso se desmayó; al contrario, levantándose contra su cuerpo que le declaraba la guerra, le dijo con un celo inflamado por el amor de la pureza y golpeando su pecho, como si hubiese querido con los golpes que se daba echar sus malas imágenes de su espíritu: « Detente, malvado asno, yo te impediré bien el cocear; muy lejos de darte cebada no tendrás más que paja. Te haré sufrir el hambre y la sed, te cargaré sin consideración y te haré trabajar con el calor y con el frío, á fin de que pienses más bien en comer que en regalarte con los placeres. »

El enemigo de su alma no habiendo podido obtener victoria por este medio, trató de sorprenderle ó intimidarle con la representación de mil fantasmas. Unas veces le hacía oír quejas de pequeños infantes, llantos de mujeres, balidos de ovejas, rugimientos de leones, ruidos de ejércitos, sonidos de voces bárbaras y confusas. Otras veces, al acostarse le presentaba á su imaginación los objetos más indecentes; ó al estar oprimido por el hambre, hacía aparecer delante de él mesas cubiertas de deliciosos y abundantes manjares. Cuando oraba, le parecía que lobos aullando, ó vulpejas gritando, pasaban por encima de él. Una vez también cantando salmos, vió delante de sus ojos un combate de gladiadores, uno de los cuales cayendo como muerto á sus piés, le rogaba que le diera sepultura; y en otra ocasión como él estuviera en oración de rostro contra la tierra, estando su espíritu un poco distraído por un efecto de la debilidad humana, el demonio se le apareció bajo la forma de un mulatero armado de un látigo, se le echó encima, y dándole patadas por todos lados, le decía con un tono insultante hiriéndole con su látigo: « Anda, anda, corre, corre, ¿ porque duermes? » Luego añadiendo la ira á los golpes, le preguntó si le faltaban las fuerzas y si quería cebada: pero el Santo se burlaba de todas sus fascinaciones,

que mostraban la malicia y la flaqueza al mismo tiempo del maligno espíritu, y las volvía vanas con su oración y la invocación del nombre de Jesucristo con una fé animada de la caridad.

Perseveró así en su soledad por espacio de veintidos años, sosteniendo frecuentes y rudos combates por parte de los enemigos invisibles, y no siendo conocido más que por su reputación en la Palestina, cuando Dios quiso hacerlo brillar por el don de milagros y convertirlo en instrumento de su misericordia para la conversión y santificación de un gran número de almas. El primero de estos milagros fué la fecundidad que obtuvo con sus oraciones á una mujer de Eleutherópolis, la cual, viéndose despreciada por su marido á causa de su esterilidad, fué á encontrar al Santo en su desierto para implorar el auxilio de sus oraciones. Ella le explicó con muchas lágrimas el motivo que la conducía á sus piés. Hilarión la exhortó á poner su confianza en Dios; le hizo esperar que Dios miraría propicio sus votos; y al fin del año ella feliz dió á luz un hijo.

El segundo prodigio hizo mucho más ruido, por que se trataba de personas muy distinguidas en la sociedad. Elpidio, hombre muy piadoso y de gran consideración, pues fué enseguida prefecto de la pretoria de Oriente, volvía de ver con su mujer llamada Aristeneta y sus tres hijos al gran san Antonio; pero cuando estuvieron en Gaza, fuera por la intemperie del aire, fuera, dice san Jerónimo, porque Dios quería glorificar á los ojos del mundo á su servidor Hilarión, los tres niños fueron á un mismo tiempo atacados de una fiebre doble tercia tan violenta, que los médicos desesperaban de ellos. Su madre afligida ya los lloraba como si estuviesen muertos, y no podía consolarse. Le dijeron que había en el desierto vecino un santo solitario que podía muy bien obtener su curación por la fuerza de sus oraciones y al momento tomó tanto empeño para irlo á ver,

seguida solamente de algunas mujeres y de algunos Eunucos que tenía para su servicio, que apenas dió tiempo á su marido de hacerle preparar un jumento para montar. Así que llegó á la puerta de su celda exclamó: « Os suplico, servidor de Jesucristo, por la cruz de aquel bondadosísimo salvador y por la sangre que derramó por nosotros, que vengáis á Gaza á dar la vida á mis hijos, á fin de que esa ciudad, entregada á los errores del paganismo, glorifique por ello á Dios, y para que el ídolo de Marnas sea allí abatido y Jesucristo glorificado. »

El Santo le respondió que él no dejaba su celda, y que desde que estaba en aquel desierto se había propuesto no entrar jamás en ciudad, ni en aldea alguna, pero su resistencia no hizo más que volver á la afligida Aristeneta más solicitante. Ella se postró en tierra; ella insistió con sus gritos y con sus lágrimas, derramando lágrimas como ella cuantos estaban presentes: « Volvedme, le decía mis hijos, os lo suplico, y que aquellos que el gran Antonio tuvo en sus brazos en Egipto me sean conservados en Siria por vuestra bendición. » De manera que Hilarión, conmovido él mismo hasta derramar lágrimas por la aflicción de esta dama, no creyó deber resistir más, y le prometió que después que se hubiese puesto el sol iría á casa de los enfermos.

Fué, pues, allí sobre la noche, y habiendo invocado sobre cada uno de ellos en particular el nombre de Jesucristo, tuvieron al momento una crisis tan grande, que ya estuvieron en estado de comer, reconocieron á su madre, besaron las manos del Santo, y se hallaron curados.

La noticia de esta milagrosa curación muy pronto se esparció por todo el país y las provincias vecinas hasta el Egipto; y cada uno se apresuraba á recurrir á san Hilarión. Esto fué causa también de la conversión de un número muy crecido de idólatras; y muchos abrazaron la vida mo-

nástica, lo que dió ocasión á construir muchos monasterios.

San Jerónimo hace después una larga enumeración de este prodigio y de muchos otros que el Santo operó en diversas ocasiones. Los solitarios que moraban con él, condujeron á su celda á una mujer ciega de una aldea de Facidia, situada á la entrada del Egipto, por la parte de Idumea. Hacía diez años que había perdido la vista y todos sus bienes para hacerse curar. El Santo le dijo que Jesucristo le hubiese curado, si ella hubiese distribuido en limosnas el dinero que había dado á los médicos; y después de este pequeño reproche, que era una lección para aquellos que estaban presentes, la curó aplicándole una poca de su saliva sobre los ojos á imitación de Jesucristo.

Curó también á un cochero del circo de Gaza, á quien el demonio había vuelto paralítico en tanto grado, que sólo la lengua le quedaba libre. Como era pagano, el Santo le hizo prometer que renunciaría la idolatría y la profesión que ejercía, y que creería en Jesucristo. El enfermo lo prometió, y luégo se encontró restablecido de todos sus miembros y aún más sano del alma que del cuerpo, por la sinceridad de su conversión.

Entre los poseidos que libró en gran número, hubo dos que metieron mucho ruido. El primero, llamado Marsita, era un joven del territorio de Jerusalén, de la más alta talla y de los más robustos. El demonio que se había apoderado de su cuerpo, le hacía tan furioso y terrible, que era el terror de toda la comarca. Él había cortado con los dientes la nariz y las orejas á unos; él había roto las piernas y arrancado las quijadas á otros; él rompía no sólo las cadenas y las esposas cuando se le quería atar, si que también las cerrajas y quicios cuando lo encerraban. Lo condujeron á su monasterio cargado de muchas y muy gruesas cadenas. Muchos hombres que á fuerza de brazos y con

cuerdas lo contenían, como si hubiesen arrastrado un furioso toro. Así que los hermanos vieron este hombre de una talla gigantesca entregado á un demonio tan terrible, quedaron todos atemorizados y corrieron á notificarlo al Santo. Este no se movió del lugar en donde estaba sentado, y sólo ordenó que lo desatasen, después de lo cual le dijo que bajara la cabeza y que se acercase. Al momento desapareció todo su furor: Se le vió temblar, bajar la cabeza sin ni siquiera atreverse á mirar el rostro del Santo, acercarse á él como un cordero y lamerle los piés. San Hilarión lo exorcizó por espacio de siete días y lo despidió enteramente libre del mal huesped que lo poseía.

El otro, que aun llamó más la atención, fué hecho en favor de un hombre llamado Orión, quien era el primero por su categoría y por sus riquezas en la villa de Haile, situada sobre el mar Rojo. Estaba poseido por una legión de demonios. Como lo condujeran atado del cuello, de las manos, de los piés, y de todas partes con cadenas, inspirando su sola vista el terror á cuantos lo veían, se escapó, á pesar de tales precauciones, de las manos de aquellos que lo sostenían, y se dirigió á san Hilarión, que entonces se paseaba con sus hermanos, á quienes explicaba algunas dificultades de las santas Escrituras. Le sorprendió por detrás y abrazándole fuertemente, lo levantó al aire como si hubiese querido ahogarle entre sus brazos ó tirarlo contra el suelo. Todo el mundo dió un gran grito; pero el Santo no hizo más que sonreirse; y habiendo tomado á su tiempo al poseso por los cabellos, lo echó al suelo, lo cogió con las manos, puso sus piés sobre los suyos, y dijo á la legión de demonios que estaban dentro de su cuerpo: « Bastan, malvados espíritus, bastan los tormentos que habéis merecido. » El poseido se puso á gritar haciendo grandes lamentaciones: « Señor mio Jesucristo, apiadaos de este miserable; libradme de la tiranía de los demonios; vos